

HISTORIA DE UNA BALLENA

tragicomedia un poco ridícula para una actriz sola

Raquel Diana (Uruguay)

La actriz, en la escena apenas iluminada, dice los textos que siguen, incluso algunos que podrían ser acotaciones

Tiniebla.

Rumor de multitud. O no tanto. Personas que murmuran.

Alguna tos que más vale que salga ahora, tos de por las dudas que después haya tos.

Risitas. Incluso alguna risotada, como de principio de acto de obra de teatro vieja, o de ópera ridícula.

Caras azules, mensajes de último momento.

Una voz en off, pletórica de amabilidad, exageradamente risueña, dice:

Usted está aquí.

Si usted vino al teatro, usted vino al teatro.

El teatro es la mejor máquina de estar en otra parte, anímese, descarte otras por un rato.

Tenemos disposición de ánimo y artilugios para sobrellevar sonidos imprevistos, pero si puede active el modo silencio.

No tenga la cara azul, las pantallas muestran el fantasma interior de cada persona, asustan al prójimo, y sobre todo muestran que usted está lejos, en otro asunto.

Si no puede estar acá por un rato, váyase.

Le devolveremos lo que pagó por la entrada, si es que pagó.

Cuenta con nuestra comprensión y respeto.

Finalmente la voz en off, casi orgásmica, ordena el famoso imperativo paradójico:

¡Disfrute de la función!

Sea. Cúmplase. Concéntrese en eso. Ya.

Oscuro.

Es lo más conveniente: apagón total.

Que quede claro, con el oscuro precisamente, que se acabó el mundo, el mundo de las cosas, el mundo de las personas compartiendo sus cuerpos, es decir, compartiendo un espacio con sus cuerpos.

De aquí en más amanece para dar lugar a la pura falsedad, a la ficción, a la mentira, que, como siempre ha sido, ha de contener verdades para que sea interesante y efectivamente mentira.

Antes de la luz debe sonar algo: unos violonchelos devastadores por ejemplo.
O cantos de ballena.

Ella, muy erguida, en el filo del escenario, en el borde del borde.
Parece que va a contar una historia, pero no.
Debería ponerse a hacer algo, es decir a simular que hace algo, pero no.
Cualquier acción sería inútil. Una simulación vacía, absurda, tosca.

Entonces se olvida de todo.
O mejor dicho se olvida de qué vino a hacer acá.
De por qué está en este muelle frente a este mar.

Alguien debería callar a las ballenas.

silencio

Para ver una ballena hay que estar en un bote mínimo, liviano, endeble, sobre agua serena.
Y esperar. Tener muchísima paciencia y esperar. De pronto, sin olas, ni espuma, ni gaviotas,
sale larguísima, interminable, azul y cruza el aire de babor a estribor, y se hunde gigante,
elástica, plateada. Y el agua serena. Se podría pensar que fue un sueño, un breve desvarío.
Pero no.

Escribir es recordar el vuelo de la ballena, piensa ahora, que ya no escribe.

Ella podría en este momento salir corriendo. Pero no lo hace.
Se detiene a pensar qué sería "salir".
Ve unos carteles con letras grandes, verdes y brillantes que dicen SALIDA.
Es una suerte. Hay muy pocos lugares en el mundo que ofrecen con tanta seguridad y
precisión eso: salidas.

Piensa que más bien se ha pasado la vida corriendo en laberintos bajo tierra, rabbit holes,
desde que un conejo la invitó, aunque que siendo este un país sin conejos, habrá sido otro
animal, quizás, un tucu tucu, una marmosa, o algo así, menos elegante.
Tomó muchas salidas aunque no estuvieran indicadas por ningún cartel, como aquel viejo
mono en la academia británica, que por lo menos tenía claro que quería salidas, no libertad.

Demasiados animales para un escenario, diría la voz en off.

Yo no veo ninguno.
Pulgas en los pliegues del vestuario, tal vez.
Alguna rata entre el piso y el contrapiso.
Un ratón en la esquina sur del camarín.
Un mosquito en medio de aquel monólogo dramático, y el público creyendo que las
lágrimas eran de la tristeza de Hécuba y no de picazón.
¿Quién es Hécuba para ella? Nadie. ¿Y ella para Hécuba? Menos que nadie.
Un murciélago desorientado, aferrado al fieltro, que vuela peligroso en el apagón.

Nada más.

Demasiados animales.

Ella, que no sabe a qué vino, no se va, pero trata de concentrarse en los carteles que dicen SALIDA.

Están ahí. Cualquiera los puede ver, sea cual sea su posición o su distancia.
Eso es muy importante. Nos da mucha tranquilidad. Cualquiera se puede ir.
Sobre todo si se siente mal, o quiere estar en otra parte justo ahora.

¡No!

Por favor no se vayan.

No puedo quedarme sola. Sería un sinsentido. Me volvería insignificante, yo, que me he pasado la vida precisamente tratando de significar algo.

Si no estoy aquí no soy nada.

Si se van seré nada acá también.

Gracias.

Gracias por quedarse.

De todos modos recuerde cuál es su salida más próxima por si sucede alguna clase de cataclismo, el techo se derrumba, el piso se hunde, el aire se llena de virus, o se prende fuego la madera de aquí, que es mucha.
Salga en cualquiera de estos casos.

Gracias.

Ella hace reverencias como si fuera el saludo del final, mientras trata de recordar que fué lo que hizo antes. Un rato antes.

Caminó.

Vino caminando.

Para hacer ejercicio, oxigenarse, envejecer menos, moldear las piernas, que tan de pájaro se le pusieron.

Vino caminando.

Porque no tiene plata. Porque por poco que salga un boleto, le hace falta eso que sale.

La ayuda su viejo maestro de ballet de la escuela de arte dramático, tan gentil, tan severo, con aquello de que el cuerpo debía ser un instrumento afinado, sabio y dispuesto para que el alma pudiera desplegar su arte.

Ella no está segura de tener un alma, por lo menos ahora.
Pero va.

La cabeza en alto, siempre, y el corazón generoso.

Con esa inspiración antigua, va por la calle, va entre el frío, atraviesa el rugido monstruoso de la vereda.

Espléndida, jovencísima.

Sostiene la magia que la sostiene.

Le hubiera gustado alguna vez tener un buen sueldo.

Le hubiera gustado alguna vez saber de cuánto podría disponer en los meses siguientes.

Le gustaría todavía hoy dejar de ser precaria.

Inestable, provisoria, efímera, frágil, insuficiente, escasa, limitada.

Pobre.

No, no. Pobres son otras.

Una nunca se podría percibir así, sería una catástrofe.

Algunas personas la admiraban al verla pasar, creía ella.

Tanta elegancia, tanta belleza interior en movimiento.

Aunque lo más probable es que nadie, sobre todo esa tarde cuando caminaba hacia acá, nadie ni siquiera la haya visto.

Translúcida, insustancial, transparente.

Piensa ahora que nunca le gustó llamar la atención, ni estar en el centro de nada. Que la modestia le pareció siempre una virtud estimable.

Que nunca tuvo energía para promocionarse.

Que no le gusta hablar de sí misma y mucho menos hacer obras de teatro sobre su persona.

Se ríe, aunque no sea un buen chiste, de que podría morir de redundancia o pleonismo.

O en un charco, ahogada de tanto mirarse.

La voz en off podría preguntar ahora:

¿Cómo se puede ser artista y no querer mostrarse?

¿Cómo se puede ser, sin mostrar que se es?

Aparecer. Exhibirse.

Si no sos capaz de exhibir lo que sos, o lo que tenés, no existís.

Vendría bien aquí una música de pulso fuerte. Vibrante.

hablando con el público, con esfuerzo, sobre la música.

No es de ahora. Siempre fui así.

En las fotos de mi infancia estoy escondiéndome detrás de una tía, de la torta de cumpleaños, de la bicicleta, de las otras niñas tan sonrientes.

En las de fin de año de la escuela, y el liceo también, aparezco asomándome detrás de alguien.

Siempre tuve la sensación de que no salía en las fotos, de que mis amistades tenían muchas y yo ninguna.

Dos veces mi madre me llevó a un estudio fotográfico y ahí sí, salí preciosa. También tengo una en la que hago una reverencia vestida de trapecionista, con tutú, otra en la que recito la Leyenda patria en el patio de la escuela, otra en la que pongo cara de artista, así, en la escalera de un teatro.

Había menos cámaras, claro, y todo aquello del revelado. Carísimo.

Pero así y todo mis contemporáneas están en muchas más fotos que yo.

Durante años me pareció que era una especie de desgracia que había caído sobre mi persona.

Translúcida, insustancial, transparente. Insignificante.

A mi abuelo no le gustaba que le sacaran fotos.

Yo creía que era por aquello de que te roban el alma y se la llevan en un papel. Pero me parece que confundo la historia con la de algunos habitantes originarios de la América de arriba y la de abajo y que el abuelo era un perseguido y un luchador clandestino en Polonia, Lituania, Brasil y Uruguay así que más le valía no andarse mostrando.

Lo de sonreír, que era obligatorio antes, tampoco me iba, tengo los dientes muy grandes.

Una risa hípica.

Es difícilísimo para mí poner cara de algo, probé todas las opciones posibles a partir de la memoria emotiva y fracasé.

Igual de difícil o peor es la cara de nada.

Dejo caer la mandíbula, cuento, hago operaciones matemáticas.

Un desastre.

Tendría que aprender.

Cara de enferma del hígado para instagram, de orgasmo sorpresa para facebook, de pelotuda para ticktoc, de soreta para twitter.

hace un gesto y la música se acaba

Silencio.

Ella dice que selfie no, nunca. Que bastante problema tiene con los espejos como para meterse en más líos.

Pero se acerca a un espectador y mirándolo a los ojos le dice:

Virtualame, mi amor, la foto, el videíto, la mesa de celebración, el vaso de cerveza, encuadrame el rato, el instante del accidente, películame, mi amor, y el gerundio, gerundiando, la extimidad, eximida, la intimidad, intimada, y así, afuera, la selfi acá, dale, virtualame, mi amor, exhibime tu yo, recuadrame tu happiness, interfaceame ahora, así, dale.

Gracias. Perdón por la molestia.

Entonces se acuerda: antes de venir caminando estuvo buscando una foto suya.

Una cualquiera. Pero al natural.

Solo tengo fotos de la escena. De estar actuando.

No, no. Tiene que ser una normal. De civil. ¿Eh?

No tengo. ¿Qué sentido tendría?

Cómo qué sentido. El de la realidad. Sin fingimiento.

No encontré.

Sí, encontré.

la actriz muestra una foto impresa, en una cartulina de bordes dentados, está ella en un escenario vestida de trapequista, con tutú

El blanco y negro me hace más antigua. Soy viejísima.
Se me ve feliz, acá, en la foto ¿no?

la actriz repite el gesto de la foto, baila brevemente a partir de él

Cruzó a la papelería y encargó volantes. Baratísimos. El ingenio del teatro independiente para hacer los programas.

la actriz volantea sobre el público los programas con su foto vieja

Si queda alguno en el piso no se preocupen: barro, junto, los sacudo y los uso en la próxima función.

La simpatía que acaba de desplegar se interrumpe porque piensa que la función que viene no está tan próxima, o no se sabe. O no hay otra función después de esta.

al público

Alguien vino hoy por primera vez al teatro.

Alguien vino hoy por última vez.

canta

¿dónde?

donde termino yo y empieza el agua

anfibia

respiro - me respira

miro - me ve

donde termina el agua y yo no sé

espuma - mar de fondo

y viceversa

Entonces se da cuenta de que si no sabe para qué vino, se la va a llevar la marea.

Espera la orden o la luz o el sonido que le diga que es ahora, que se desnude, que se saque las máscaras, o que se ponga precisamente una, que se ofrende, que tenga cuidado con la vanidad que es un vestido largo que la va a hacer tropezar, que no sea mezquina y se dé, que está sola y la espera toda esa gente, que no se puede rendir, ni salir huyendo, que vino a algo que tiene que cumplir, y por lo menos acordarse de la letra y no chocarse con las cosas.

Pesadísima, llena de crustáceos, con arpones clavados en el lomo, pedazos de redes, los ojos cada vez más chiquitos, rugosa, lenta.

Antes de los volantes estuvo limpiando, descartando, ordenando y sobre todo resumiendo. Por si fuera esta la última función y hubiera que dejar alguna seña para que no se olviden de una pasado mañana sino tras pasado mañana.

Se hace ilusiones pero sabe, amargamente, que no tiene la menor importancia. Pero quiere que ese resto de alguien que estuvo y ya no, sea más o menos decente. Rompe papeles y papelitos. Borra archivos viejos de poemas espantosos y obras fracasadas.

Pero también porque mientras viva está condenada a ganarse la vida, como la mayoría de las personas, así que junta papeles y papelitos, para postular a trabajos y fondos y para ver si se puede jubilar.

Aquí la voz en off podría decir:

Has de rendir. Has de explotarte a ti misma. Has de trabajar y triunfar. El fracaso es deprimente, está terminantemente prohibido. Si te va bien ha sido por tu mérito. Si te va mal ha sido por tu culpa. Porque sos una incapaz, no lo hiciste bien, o no te esforzaste lo suficiente. Dejaste pasar las oportunidades. No estuviste en los lugares correctos, no fuiste amiga de las personas adecuadas. Perdiste tiempo en moralina, política y proyectos colectivos que te abandonaron.

Pero la voz en off calla.

Teme que ella se ponga furiosa.

Y le diga que se deje de joder. Que el paraíso son los otros y las otras, que el diablo está en los detalles y la lucha de clases también. Que el amo y el patrón que antes estaba afuera, ahora nos hacen creer que está adentro y se hace difícil luchar, sin exterminarnos un poco ni sentirnos culpables. Que para curarse de la depresión hay que matar a Narciso. Y cosas así.

Pero ya no tiene tiempo.

El mar y ella en la orilla.

Di vuelta mi cabeza como una lechuga desarticulada, abstrusa. Miro lo que se va, lo que se fue. Las alas, las alas a contraviento. Ah, si pudiera parar, componer las partes, desmuertear, pegar partícula a partícula las ruinas estas que veo ahora. Maldita la flecha del tiempo. Quiero el revés de lo roto, aunque fuera un rato y en teoría. Las alas, las alas, tiesas, absortas. No tengo fe ninguna pero ¡ay! ángelus novus, porque hay que ir adelante de

espaldas, subiendo al futuro que no se ve, mientras la tormenta baja, baja, y el delante no existe, y el viento arrastra, arrastra.

Entonces ella interrumpe el dramatismo. Como siempre. Es lo que mejor le sale, saltar de una cosa a la otra sin hacerse mucho problema.

Nunca ha tenido un “mar”. Apenas ese río marrón de olitas miserables, que tiene una playa ancha en su viejo barrio.

Pero así y todo, a lo lejos parece que pasa una ballena, y confundiéndola le hace ofrendas.

Para usted, señora, esta flor, quiero darle esta flor, que no tengo barca, ni otra cosa que darle, ni mar, ni más agua que la de mi cabeza, y camino por la orilla de mi cráneo, que no hay barranca sino arena cansada, y camino por el mar, señora
mojo los pies, la vagina, la garganta, agarro la la flor con cuidado inaudito, milimétrico y la pongo a flotar, que no vuelva, señora, que usted la acepte, que haya horizonte, que el viento sea propicio, que las alas, las alas...

Me acordé.

Qué suerte.

Gracias.

Raquel Diana

Correo electrónico: raqueldianak@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2023)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral Buenos Aires.

Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar

